

esto era insignificante, se limitaba á generalidades: anonadabase delante de Dios, y decia que habia estado en su deber al hablar en el templo contra el robo, por ser esto competencia de los derechos señoriales: ya se sabe que Voltaire tenia en alta estima su cualidad de señor. El obispo le replicó, y sin darse por entendido de la falta de consideracion del filósofo, le advertia que una comunión hecha segun los principios de la Religion exigia previamente ostensibles reparaciones, y que hasta entonces no se habia podido absolverle. Además le invitaba otra vez á pensar en la eternidad. Este lenguaje tan decoroso y cristiano apenas hizo impresion en un hombre tan obstinadamente endurecido: en su contestacion de 29 de abril, habló de todo menos del asunto á que el prelado se referia. Empeñóse en decir que Biord se habia dejado prevenir contra él por un párroco inmediato y por el capellan del cónsul de Francia en Ginebra, y le remitió un certificado de su buena conducta, firmado por el síndico y otros dos ó tres vecinos de Ferney. El prelado, deseoso de justificar á los dos eclesiásticos que Voltaire acusaba de delatores, y aprovechando esta circunstancia, repitió otra tercera carta en 2 de mayo diciéndole: «Vos conocéis las obras que se os atribuyen. Sabéis lo que se piensa de vos en todo el universo: no ignorais que todos los incrédulos de nuestro siglo se envanecen de teneros por gefe y de haber tomado de vuestros escritos los principios de su irreligion. Luego al mundo entero y á vos mismo debéis achacar las acusaciones que contra vos se hacen.» Asi concluyó esta correspondencia en la que el prelado, sencillo y modesto, usó de mas buen sentido y hasta de mas talento que el académico orgulloso con todas sus pretensiones y con toda su fama. Este aseguró posteriormente que Biord se quejó al gobierno francés. Lo que hay de positivo es que el conde de Saint-Florentin recibió orden de escri-

bir á Voltaire, manifestándole que el rey estaba muy disgustado de que hubiese predicado en el templo el dia de Pascua; pero no le faltaron al filósofo algunos paisanos complacientes que firmaron un certificado justificándole. En las cartas á sus amigos trató al obispo de una manera muy grosera: llamóle *energumeno, fanático, pilla*, y decia que era hijo de un albañil; lo cual, aun cuando hubiese sido cierto, que no lo era, nada tenia que ver con el asunto. Pero lo que puede llamarse colmo del delirio, es el tono cínico con que da cuenta á D'Alembert de su escandalosa conducta del dia de Pascua. Decíale en 4.º de mayo de 1768: «¿Qué debe hacer el sabio al verse rodeado de bárbaros insensatos? Hay circunstancias en que es preciso imitar sus contorsiones y usar de su mismo lenguaje. *Mutemur clypeos*. Por lo demás, lo que yo he hecho este año es lo mismo que hice ya muchas veces, y lo mismo que, Dios mediante, seguiré haciendo en adelante. Hay personas que temen tocar una araña, y hay otras que se las tragan enteras (1).» Preciso es confesarlo: semejante hipocresía fué mal mirada de parte de los mismos que participaban de las preocupaciones y de la impiedad de Voltaire. Grimm confiesa, en su *Correspondencia*, que causó no pequeño escándalo en Paris. D'Alembert en su respuesta á la carta que acabamos de citar, dice á su maestro, aunque con mucho comedimiento, que no puede aprobar la comedia de 3 de abril, y Voltaire se vió en la precision de disculparse con el conde de Argental y con el de La Touraille. Hubiera podido creerse que la reprobacion general de sus amigos, cómplices de su impiedad, hubiera hecho alguna impresion en su ánimo; pero en vano estos manifestaran su disgusto por una conducta tan hipócrita, chocante por demas en un hombre que tanto declamaba contra la hipocresía; no por

(1) *Correspondencia con D'Alembert.*

eso consiguieron la menor enmienda de parte de aquel terco anciano, incapaz de freno alguno y que no tenia mas placer que despreciarlo todo, el cielo y la opinion. Lo que habia hecho en 1768 lo volvió á repetir al año siguiente con circunstancias nuevas y, si es posible, mas agravantes. Habiendo tenido en la proximidad de la Pascua un acceso de fiebre, pidió el Viático. El párroco de Ferney opuso alguna dificultad: queria que el enfermo se retractase de las obras perniciosas que habia publicado. Este, á quien las protestas le daban muy poco cuidado, prestó el 31 de marzo una declaracion ante escribano, diciendo: «que habiendo escrito contra él el llamado Nonnote, antes jesuita, y un tal Guyon, titulado abate, unos libelos tan insipidos como calumniosos, en los cuales acusaban al señor Voltaire de haber faltado al respeto debido á la Religion católica profesada en el reino, considera que en obsequio de la verdad, de su honor y de la piedad, no puede menos de manifestar que nunca ha dejado de respetar y practicar la Religion católica profesada en el reino; que perdona á sus calumniadores; que si alguna vez se le ha escapado cualquiera indiscrecion perjudicial á la Religion del Estado, pide por ello perdon á Dios y al Estado; y que ha vivido y quiere morir en la observancia de todas las leyes del reino y en la Religion católica estrechamente unida á estas leyes.» A la mañana siguiente le llevaron el Viático, y entonces, como muy acostumbrado á mofarse de todo, volvió á hacer ante escribano la manifestacion siguiente: «Teniendo en mi boca á Dios, declaro que perdono sinceramente á todos los que han escrito al rey calumnias contra mí, sin poder conseguir sus perversos designios.» Y como si no hubiera sido bastante acumular así el escarnio, la falsedad y el ultraje, se chanceó despues con sus amigos hablando de este suceso. En 9 de abril de 1769 escribió al conde de Argen-

tal: «Ríanse cuanto quieran; pero al décimo acceso de fiebre, me he visto obligado á hacer lo que se hace en una diócesis ultramontana. Es necesario ser uno atento y no rehusar un convite por malos que sean los manjares (1).» En el mismo sentido escribió al mariscal de Richelieu. Otra carta de 24 de abril á madama Du Dessant contiene tambien dos páginas de bufonadas sobre el particular: «Unos pobres diablos han jurado en falso para poderme servir. Sí, y he declarado que almorzaba al estilo de mi pais. ¿Y si fué seis turco, se me ha dicho, almorzarais al estilo de los turcos? Ciertamente que sí (2).» Y como el conde y la condesa de Argental no aprobaron al parecer su conducta, les respondió el 8 de mayo: «Mis pobres ángeles se han horripilado de mi almuerzo ante escribano, pero.... no se puede dar mayor señal de desprecio á esas majaderías que el representarlas uno mismo (3).» Nos tenemos aquí, dice el sabio autor de las *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII* (4), y preguntamos, no precisamente á los lectores piadosos, sino á cualquiera persona recta, honesta y moderada, ¿en dónde está la hipocresía sino en estas profanaciones monstruosas? ¿Dónde el fanatismo sino en estas violentas invectivas? ¿Puede sufrirse que un hombre tan falso hable de su amor á la verdad y que un hombre tan apasionado tenga el derecho á venderse por un apóstol de la razon? ¿No será lícito calificar cual se merecen estas acciones tan indignas y estas apologías tan descaradas? ¿Podrá llamarse espíritu de partido el horror que naturalmente inspiran una conducta y un lenguaje tan opuesto á la franqueza, á la rectitud y á la lealtad de un hombre honrado?»

(1) *Correspondencia general.*

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) T. 2, p. 542-543.

Al ver á los filósofos entregarse á tales excesos, que no eran mas que la aplicacion de los principios contenidos en sus obras, la autoridad eclesiástica de todos los países estaba muy en su derecho al prohibir la lectura de los malos libros. Este era el deber de los obispos, y sabian cumplir con él aun esponiéndose á ser perseguidos. De esto se vió un bello ejemplo en Portugal.

Habia allí escritores asalariados por el ministro Pombal para combatir los derechos de la Santa Sede y la autoridad de los obispos. Antonio Pereira se distinguia en este género, é indicaba los medios de pasarse sin Papa. Acabábase de establecer un tribunal para la censura de los libros, á fin de salvar las reglas seguidas hasta entonces y propagar impunemente los principios recién adoptados. Los escritos de Dupin y el *Febronius* de Hontheim circulaban sin obstáculos, y á favor de esta libertad se introducian otras producciones mas reprecensables aun. Los libros de los filósofos franceses salvaban una barrera que los reglamentos antiguos hubieran tenido bien cerrada. En tales circunstancias, el obispo de Coimbra, Dell'Annunziata, comprendió su alto deber. Ya habia rehusado este valeroso obispo prestarse á las nuevas reformas, y condescender á dar las dispensas que Pombal no queria que se pidiesen ya á la Sede apostólica. Fiel á esta línea de conducta, tan digna de su carácter, el obispo publicó el 8 de noviembre de 1768 una Pastoral prohibiendo la lectura de los libros que el gobierno por una culpable tolerancia, ó mas bien por sus siniestros intereses, dejaba propagar en Portugal. Esta pastoral fué considerada al punto como un delito espantoso, y se echó mano de él para perder al obispo. A fin de castigar su noble atrevimiento en condenar obras que al parecer del gobierno eran intachables, se le mandó prender y conducir á la prision de Estado llamada la Junquera, donde el tribunal de la *inconfidencia* instruye á los acusados el proceso

con el mayor secreto. Tambien se arrestó á nueve religiosos agustinos, acusados sin duda de pensar como el prelado, que era de la misma orden. Pombal nombró cuatro teólogos á quienes se encomendó el exámen de la Pastoral. Estos informaron del modo que el ministro deseaba é hicieron aparecer al obispo como rebelde. El nuevo tribunal de censura declaró el 23 de diciembre que la Pastoral era falsa, sediciosa é infame. Pero lo notable es que en 9 del mismo mes, es decir, quince dias antes de este simulacro de juicio, el rey habia mandado al cabildo de Coimbra elegir un vicario general para gobernar la diócesis, «en atencion, decia en su decreto, á que siendo el obispo culpable de lesa magestad, habia incurrido por este solo hecho en las penas impuestas á tal delito, sin necesidad de mas sentencia, y que por lo tanto debía considerarse como muerto.» Tan suave y canónica era la administracion del reformador! Al mismo tiempo indicaba al cabildo el sugeto que debia nombrar, y que en efecto lo fué. Compréndese bien que el tratamiento tiránico que Pombal empleó contra aquel celoso prelado, le dejó en mas amplia libertad de seguir sus proyectos; costaba demasiado caro el oponerle resistencia, y su carácter, conocido de todo el mundo, intimidaba á los que mas censuraban sus innovaciones.

La persecucion contra el obispo de Coimbra es el último suceso de un pontificado cuya paz fué incesantemente turbada por el contagio de los principios filosóficos. Además de sus padecimientos morales, Clemente XIII tenia dolencias físicas que apresuraron su fin. «Su temperamento es tan sanguíneo, decia Lalande (1), y su sangre está tan propensa á enrarecerse, que hace ya tiempo que se desconfia de poder conservar su vida. Su médico le manda sangrar á cada momento, y aun asi apenas puede evitar los accidentes.

(1) *Viaje de Italia*.

El 19 de agosto de 1765 cayó como muerto y no volvió en sí sino despues de haberle dado una sangría.» La muerte impensada del Pontífice, acaecida el 2 de febrero de 1769, despues de diez años de reinado y á los setenta y seis de edad, fué probablemente resultado de uno de estos accidentes. Para esplicar esta muerte que cubrió de luto á los hombres de bien, á los apreciadores de la Religion, de la piadosa ternura, caridad y vida bondadosa y edificante de Clemente XIII, no hay necesidad de recurrir á las absurdas suposiciones de los jansenistas. Ellos han querido decir (1), que este Pontífice habia convocado para el 3 de febrero de 1769 un consistorio, en el que se proponia anunciar á los cardenales su resolucion de acceder á las instancias de varios príncipes contra los jesuitas; pero que la noche que precedió al dia señalado, enfermó súbitamente y tuvo un vómito de sangre que le condujo al sepulcro; sobre lo cual, añadian los sectarios que «el género de su muerte y las circunstancias en que se verificó dieron lugar á siniestros rumores, é hicieron dudar que fuese una muerte natural.» Ya se conoce sobre quien aspiraban los novadores á hacer caer las sospechas. Pero su escensiva parcialidad los cegó en esta ocasion (2). No hay prueba alguna de la decision que suponian iba á tomar Clemente XIII, y que hubiera sido un

cambio demasiado súbito y extraño en un Pontífice que tan ostensiblemente habia obrado en favor de la Compañía; y para suponer un hecho tan poco probable, es preciso apoyarse en algun fundamento. Aunque se probara que la muerte de Clemente XIII no fué natural, no por eso podria acusarse, sin incurrir en la mayor contradiccion, á los que él protegió con tanta constancia y en favor de quienes espidió tantos breves y una bula tan terminante. Este supuesto crimen no deberia recaer sino sobre ciertos hombres que, no hallando en este Papa disposiciones favorables á sus planes de destruccion, necesitaban un Papa mas complaciente. Con esta última hipótesis se esplicarian muy naturalmente las últimas é interesantes palabras atribuidas al Pontífice moribundo: «Perdono mi muerte á los que jamás me han perdonado mi adhesion á una orden que siempre he considerado como uno de los mas fuertes baluartes de la Iglesia (1).»

Clemente XIII habia creado cincuenta y dos cardenales en siete promociones. Nos limitaremos á indicar los mas conocidos. Carlos Rezzonico, sobrino del Papa: los cardenales franceses de Bernis, de Rochecouart, de Choiseul y de Rohan; el sabio dominico Orsi, autor de una Historia eclesiástica, que no llega mas que al año 600; Nicolás Antonelli, autor de varias obras; y Marco Antonio Colonna, que llegó á ser cardenal vicario, y en quien la piedad y el celo eclipsaban el lustre de las dignidades y de la cuna.

(1) *Arte de verificar las fechas*, cronologia histórica de los Papas, t. 1, p. 349.

(2) *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII*, t. 2, p. 548.

(1) *Mem. del abate Georget*, t. 1, p. 132.